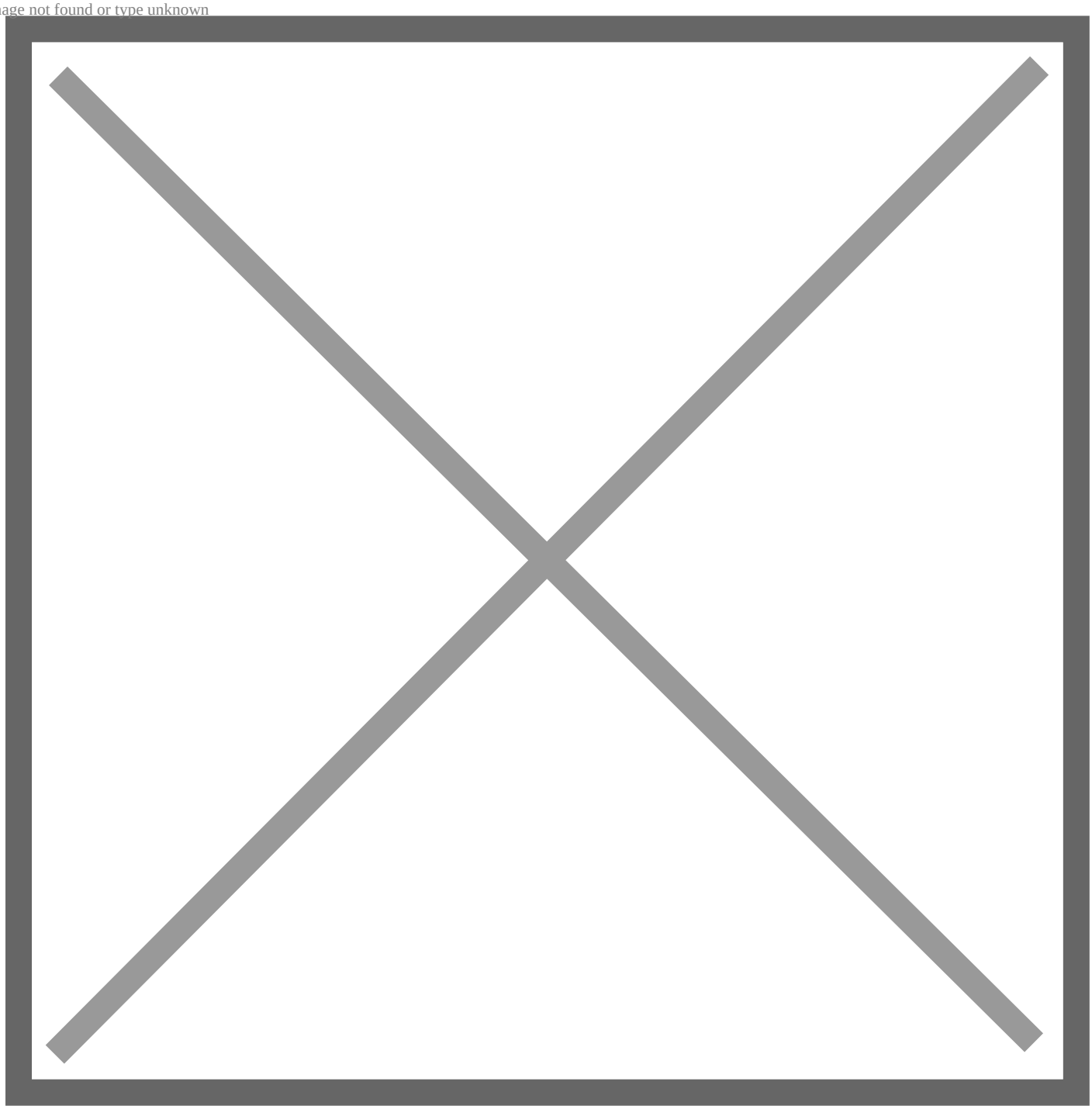
Image not found or type unknown



EL RETRATO

Parolin, heredero de Silvestrini y continuador del bergoglismo

ECCLESIA 03_05_2025

img

Image not found or type unknown

Image not found or type unknown

Luisella Scrosati

El cardenal Pietro Parolin aparece como el continuador natural del pontificado de Francisco porque, a pesar de las diferencias temperamentales y culturales, pertenece a la corriente eclesiástica que apoyó la candidatura de Bergoglio: la cordada del cardenal Achille Silvestrini, el prelado de Brisighella, punto de referencia de los *cattodem* nostrani y amigo íntimo de Romano Prodi.

Para entender quién es realmente Parolin y por qué su eventual ascenso al trono de Pedro sería una catástrofe para la Iglesia, hay que comprender a Silvestrini. El que ha sido definido «el cardenal de la diplomacia» llegó a la Santa Sede en 1953, entrando en gracia de monseñor Domenico Tardini, futuro secretario de Estado (de 1958 a 1961), quien lo introdujo en su recién creada Villa Nazareth, de cuya fundación presidiría más tarde (además de la Fundación Comunidad Domenico Tardini). Y Villa Nazareth significa el centro impulsor italiano del progresismo católico.

Terminó bajo el amparo del cardenal Agostino Casaroli, con quien colaboró estrechamente en la realización de la Ostpolitik, que marcó gradualmente el paso de la Iglesia del silencio al silencio de la Iglesia; no porque Casaroli fuera filocomunista, como se le atribuyó erróneamente, sino porque el diálogo se había convertido en el valor supremo al que había que sacrificar mucho, demasiado.

Silvestrini era también el hombre del Concilio como profecía, como indicio de horizontes más amplios aún por alcanzar, como carta constitucional que comunicaba los principios para el inicio de una nueva Iglesia. Por esta razón, Silvestrini, el cardenal que dialogaba con todos, no podía soportar a un personaje como mons. Marcel Lefebvre, evidentemente indigno de su diálogo. Lefebvre era, a sus ojos, la imagen de la Iglesia preconciliar, que había que abandonar como un lastre pesado que ralentizaría el proceso profético.

Silvestrini siempre consideró el Concilio como el *punto de partida* fundamental para el inicio de nuevos procesos, con los que la Iglesia debía abrirse a la modernidad. Resumen de su visión fue la entrevista concedida a *Avvenire*, con motivo de su nonagésimo cumpleaños: «Creo que hay que partir del Concilio Vaticano II, de todo lo que aún no se ha aplicado y aún debe realizarse [...]. Con mi querido y fraterno amigo, el cardenal Carlo Maria Martini, a lo largo de estos años nos hemos preguntado muchas veces sobre la necesidad y la urgencia de buscar un nuevo lenguaje para hablar a la humanidad de hoy, y en particular a las nuevas generaciones, y dar respuestas adecuadas a la modernidad. El reto que espera a la Iglesia es precisamente salir de los estrechos ámbitos de las sacristías, en cierto sentido «desclericalizarse» también con su propio laicado y vivir auténticamente el Evangelio». Nuevos procesos que iniciar, salir de las sacristías para llegar a las periferias, luchar contra el clericalismo: el pontificado de Francisco ha sido el intento de llevar a cabo el programa de Silvestrini; y no es ningún misterio que el papa Bergoglio haya visitado en varias ocasiones Villa Nazareth, para dar las gracias y rendir homenaje a su benefactor. Sin embargo, el programa aún no se ha completado del todo, y es por eso que la estirpe del cardenal romañolo se está esforzando por maniobrar el cónclave y no interrumpir el sueño del maestro.

De hecho, el cardenal Pietro Parolin es el heredero natural de Bergoglio, porque es el heredero natural de Silvestrini. La elección de Bergoglio y las prioridades de su pontificado nacen del escritorio de «don Achille», aunque el carácter muy autoritario y poco diplomático de Bergoglio ha sido más un obstáculo que una ayuda para la empresa. Parolin es la persona adecuada para reparar los defectos de carácter del Papa argentino, sin desviarse en lo más mínimo de la agenda de Silvestrini.

«Un Concilio, una profecía que continúa con el papa Francisco» fue, de hecho, el título de una importante intervención que el entonces secretario de Estado realizó en Washington, en la *Catholic University of America*, por invitación del arzobispo Donald Wuerl, pupilo del ex cardenal Theodore McCarrick (de cuyas fechorías obviamente no tenía ni idea) y su sucesor en la sede de Washington. Una intervención que se caracteriza por haber «copiado y pegado» literalmente dos escritos de 2014 del cardenal Marcello Semeraro, que se difundían en filípicas ideológicas sobre la «Iglesia de los pobres». Es curioso que el cardenal secretario de Estado, de visita en la universidad católica más importante de Estados Unidos, no haya encontrado tiempo para escribir algo original y se haya inspirado *ad litteram* en uno de los obispos más progresistas del colegio cardenalicio.

«El Concilio podrá sin duda considerarse un acontecimiento, y así lo intuyeron muchos desde el principio, aunque solo sea por el paso, evidente a todos, a un nuevo paradigma de una Iglesia de dimensión mundial. Hubo quienes, por su enorme alcance, compararon este cambio con el paso del judeocristianismo al cristianismo pagano». Nada menos. El Concilio del cambio, de la profecía que aún debe cumplirse (y que obviamente va en la dirección de quienes saben maniobrar bien), el Concilio que debe interpretarse «no exclusivamente en clave histórica, sino en un sentido, diría yo, aún profético, capaz de orientar y hacer avanzar», el Concilio como acontecimiento. En resumen, el Concilio según esa hermenéutica «abierta», a la que no le interesan los textos de los documentos ni la interpretación que les ha dado el Magisterio posterior (Juan Pablo II y Benedicto XVI), sino solo el espíritu profético. A pesar de las sutilezas diplomáticas y los equilibrios presentes en el texto, entre las dos hermenéuticas evocadas por Benedicto XVI en su conocido discurso a la Curia romana de 2005, no hay duda de cuál es la de Parolin.

Los rasgos «paternos» del cardenal de Brisighella se reconocen bien en su heredero: Parolin es, de hecho, el cardenal más despiadado con los fieles vinculados a la Misa en rito antiguo; es él quien ha desempeñado un papel decisivo en la redacción de *Traditionis Custodes*, sentando las bases de un auténtico apartheid dentro de la Iglesia. Si

Parolin apareciera en la Loggia vestido de blanco, el peligro de un nuevo cisma en la Iglesia católica sería muy real, a pesar de que estos días está dando garantías y consejos más moderados sobre el tema para conseguir los veinte votos de la conservadora que le faltan para alcanzar los 89 necesarios. Se llama campaña electoral, y de las más mezquinas.

Y luego está el acuerdo con China, que enfureció incluso a un hombre de gran obediencia y mansedumbre como el cardenal Zen. Con esa negociación, el prelado de Schiavon, con la decisiva mediación del ex cardenal Theodore McCarrick y del cardenal Claudio Maria Celli, otro hombre de Silvestrini, vinculado a Villa Nazareth, vendió la Iglesia al Gobierno comunista chino, que se encuentra de hecho libre de nombrar, a través de la rama del Oficina de Asuntos Religiosos del Gobierno (es decir, la Asociación Patriótica Católica China), a los obispos que más le agradan, de erigir nuevas diócesis y de impedir la iniciación cristiana de los menores. Y, a día de hoy, nadie sabe aún cuál es el contenido de ese acuerdo, ni siquiera los cardenales, que harían bien en pedir cuentas antes de gastar su voto en apoyo del exsecretario de Estado.

Parolin está en contra de todo lo que es preconciliar; Parolin, el hombre del éxito diplomático a cualquier precio; Parolin, el gran manipulador. También la cuestión del «caso Becciu» de estos días ha estado sustancialmente en manos del exsecretario de Estado. Según algunas indiscreciones, el caso se habría resuelto entre unos pocos cardenales, de forma nada transparente, con dos supuestas cartas de Francisco surgidas de la nada y firmadas con una «F», que el resto del Colegio Cardenalicio no habría visto.